

rables, y en qué medida tal mensaje ha condicionado la actitud colectiva hacia el retardo mental, asociado a los efectos positivos de influencia social en su origen.

JOSÉ ERNESTO RAMÍREZ

## Mitos y más mitos

### Mitos colombianos

Javier Ocampo López  
El Ancora Editores, Bogotá, 1988.

*“Los mitos, según su sentido oculto, tratan entonces dos temas: la causa primera de la vida (el tema metafísico) y el comportamiento sensato de la vida (el tema ético)”.*

PAUL DIEL

Un lunes a las seis de la mañana, tuve la oportunidad de presenciar en el cementerio central de Bogotá esta escena: un grupo de personas esperaba turno para hablar al oído de la estatua de bronce de Leo S. Kopp (millonario fundador de la empresa cervecera Bavaria en Colombia). Al interrogar a algunas de ellas recibí respuestas como las siguientes: “El señor Kopp hace milagros”. “Uno cuenta sus problemas y el señor Kopp ayuda a resolverlos”. El señor Kopp ayudó a conseguir trabajo a mi primo”. Lo que más me llamó la atención de estas personas, es que pasaron luego a la iglesia para recibir la comunión.

Si observamos con atención la realidad que nos rodea, descubriremos con asombro que comportamientos semejantes a éste están presentes en todos los grupos sociales y culturales del país, y que son clara muestra de que el hombre ha creado y sigue creando mitos. ¿Cómo se explica esta situación? ¿Cuáles son los mitos más representativos de la sociedad contemporánea? ¿Qué significan? ¿Qué funciones cumplen? Los anteriores son algunos de los interrogantes que surgen al comprobar este hecho.



Muchos pensadores en Europa, desde los presocráticos hasta nuestros días, han tratado de dar respuesta a algunas de estas preguntas. El siglo XIX, según Mircea Eliade, se caracterizó por acentuar el aspecto de “fábula”, “invención” y “ficción” del mito.

En la época contemporánea, parece haberse enfatizado el estudio del mito como elemento ilustrativo de la historia humana. Ya nos lo hacía ver el antropólogo Bronislaw Malinowski al afirmar que, más que ociosa fantasía, el mito es ante todo un ingrediente indispensable en toda cultura: el mito “expresa, da bríos y codifica el credo, salvaguarda y refuerza la moralidad, responde de la eficacia del ritual y contiene reglas prácticas para la guía del hombre”<sup>1</sup>.

Desde una perspectiva más teórica, autores como Claude Lévi-Strauss afirman que “todos los mitos son especulativos o el reflejo de algún problema, una vez que son correctamente comprendidos. Su correcta comprensión requiere una concentración en la estructura de relaciones que los sustentan, más que en sus contenidos explícitos o cualquier interpretación estrictamente alegórica”<sup>2</sup>.

El conocido filósofo Ernst Cassirer ha dedicado parte de su obra a la reflexión de los mitos y, según G. S. Kirk, el gran aporte de sus estudios está en “haber subrayado su naturaleza emocional”<sup>3</sup>.

También en Colombia se han realizado estudios sobre las creaciones míticas de los distintos grupos culturales antiguos y actuales. Es el caso de la obra *Mitos colombianos* de Javier Ocampo López, conocido historiador, quien desde su perspectiva nos presenta una propuesta de clasi-

ficación de los mitos indígenas y folclóricos, así:

1. *Los mitos indígenas*, donde expone un panorama general de la mitología indígena en Colombia. Mitos como el de algunos aborígenes del Amazonas que piensan que el único medio existente “para llegar a la *tierra sin mal*, es aliviando el cuerpo por medio de danzas y ayunos prolongados, hasta el punto de que se pueda volar”, o aquellos que “creen que después de muertos pasarán a formar parte del arco iris en el color rojo”, nos permiten apreciar y valorar su imaginación y comprensión del mundo.

2. *Los mitos chibchas*, donde presenta en detalle los mitos de uno de los pueblos más avanzados de América Latina.

3. *Los mitos hispánicos y africanos* nos descubren cómo el contacto con dichas culturas “se manifiesta en algunos casos en forma de sincretismo o supervivencia de los diversos elementos culturales”.

4. *Los mitos folclóricos en Colombia*, exposición amplia de los mitos más populares del país, como la Patasola, la Madremonte, el Mohán, el Patetarro, la Candileja, el Silbador, etc.

Se concluye con un análisis del contexto sociopolítico en que surgen los mitos salvacionistas de nuestra contemporaneidad.

El libro de Javier Ocampo López se sitúa dentro de ese sinnúmero de publicaciones que no pasan de ser recopilación de narraciones míticas que se diferencian en su ordenamiento. Lo importante de este trabajo está en que presenta de manera sistemática un panorama general de los mitos indígenas y folclóricos de Colombia y en que busca relacionarlos con otros mitos semejantes de América Latina y el mundo. La tarea de investigación, análisis de sus significados y funciones, dentro de la comunidad social, está aún por hacerse, y requiere aten-

<sup>1</sup> Bronislaw Malinowski. *Magia, ciencia y religión*, Bogotá, Planeta-Agostini, 1985, pág. 114.

<sup>2</sup> G. S. Kirk, *El mito*, Barcelona, Ediciones Paidós, pág. 20. 1985.

<sup>3</sup> *Ibid*, pág. 273.

ción especial de los estudiosos de las ciencias sociales. Se hace imperiosa esta necesidad, toda vez que se requiere tener un mejor conocimiento y una mayor comprensión de lo que es el hombre colombiano.

RAFAEL MÍRQUEZ A.

## Costumbrismo de nostalgia

### Paisajes y vivencias

José Antonio León Rey  
Instituto Caro y Cuervo, serie La Granada  
Entreabierta, Bogotá, 1987, 251 págs.

En una historia de los escritos relativos a las costumbres de los pueblos no es difícil precisar el punto de vista desde el cual se gesta la actividad de los cronistas. Casi siempre su escritura manifiesta opiniones plegadas a un ordenamiento de poder para establecerlo o mantenerlo. Este es el caso de los escribas que viajan comisionados a encuentros con culturas diferenciadas, como los cronistas de Indias o quienes realizan comisiones parlamentarias al interior de su país. En este último caso, el escriba transcribe

su vivencia y su recuerdo a la manera de los viajeros que en los siglos XVIII y XIX prefiguran una imposibilidad etnográfica, pues desean un porvenir de los hechos de cultura en una direccionalidad ajena a la posibilidad endógena de la comunidad o sociedad con la cual se genealogiza la cultura. Así transcurre el texto de José Antonio León Rey como crónica costumbrista de sus viajes de parlamentario en la década de los años cuarenta por las regiones de Cundinamarca, Huila, llanos orientales, Nariño y Putumayo.

El autor expresa claramente que su propósito es el de "observador y coleccionista" de imágenes paisajistas y de las vivencias que se transcriben en coplerío "popular": 396 coplas en 230 páginas correspondientes a 59 "paisajes" diferentes. En ellas predomina el tema religioso —católico— y las menciones al amor y la mujer con fuerte carácter denigratorio, en cuya selección se percibe el olor nostálgico en la intencionalidad costumbrista del libro y el autor. Junto a estos temas, León Rey se recrea con "vivencias" de rituales de muerte, como lo es su descripción del velorio, en el que acentúa su nostalgia ante esta práctica de los campesinos de su provincia al oriente de Cundinamarca, que "tiende a desaparecer, si no ha desaparecido ya", y las descripciones del dos de noviembre (día de los difuntos), la cacería, la decapitación de gallos en la fiesta de san Pedro y la

riña de gallos. En estas dos descripciones plasma de forma tenebrosa rituales de muerte y sangre, haciendo perder cualquier posibilidad amena del hecho narrado.

Creencia, amor de mujer domada y muerte son los temas privilegiados y seleccionados por el autor en coqueteo etnográfico (la palabra etnografía es mencionada en tres ocasiones como intención de libro, al tiempo que dedica un capítulo a Marcelino de Castelví y recuerda sus conversaciones con Sergio Elías Ortiz). Esta trilogía de coqueteo etnográfico lo obliga a construir el que constituye el capítulo central del libro: "*Valor de lo colombiano*", desde el cual reafirma su nostalgia costumbrista al enfatizar: "Ambicionamos un decidido apoyo para los misioneros que se han impuesto la dura y paciente tarea de civilización cristiana de los indios y de la conservación para la ciencia, de las lenguas, las tradiciones, las costumbres y las creencias de los restos de los pueblos amazónicos. Y pensamos cómo sería de provechoso para el país, para su arrogante afirmación de pueblo soberano y de fisonomía propia el mantener en lo que llamamos Colombia civilizada intacto y esplendente de vida lo nuestro, vale decir, la pureza de nuestro idioma, la eficacia práctica de nuestra fe, la belleza de nuestras costumbres. ¡Cómo sería de patriótico el propósito de llevar a la convicción del pueblo la necesidad de tener a orgullo la conservación de lo nuestro!" (págs. 67-68).

Curiosa labor patriótica ésta, la de *conservar* para la ciencia los registros de las costumbres culturales en documentos archivísticos al tiempo que a las comunidades y sociedades se les aplica el proceso de "civilización cristiana" para dar lugar a la hegemonía y homogeneidad colombiana. El costumbrismo y el folclorismo sedentariza su mirar hacia aquello que le ratifica sus raíces ideológicas respecto al deber-ser de una sociedad, dejando de lado todo aquello que deconstruye y decodifica las intenciones de identidad y homogeneidad. Sin embargo, todo aquello que escapa al costumbrismo y al folclorismo, todo aquello que nomadiza la cultura es, por for-

